

Biedermann, que tan implacable es con Knechtling, el empleado que lo ha servido durante años y ha contribuido a su riqueza, es blando, por temor, con los incendiarios, que lo desprecian. El pequeño burgués satisfecho no alcanza a comprender que es peligroso cerrar los ojos a la realidad y pactar con el enemigo, cuando nadie piensa en cumplir lo pactado. Los incendiarios, a su vez, tienen un estricto sentido de clase. Desconfían de su cómplice, el intelectual, porque éste aspira a cambiar la estructura del mundo, aún a costa de los incendios. Para ellos, no son otra cosa que diversión, revancha.

La obra tiene aciertos. La escena en que el intelectual, arrepentido, fracasa en su intento de prevenir a la Sra. Biedermann, es de un patetismo extraordinario. El diálogo es gracioso e incisivo.

Einsenring dice a Biedermann, cuando éste le pregunta el por qué de su actitud incendiaria: —¿Ud. sabe lo que es un trauma? —y ante su negativa, agrega: —Yo tampoco sabía. Eso lo aprendí después, en la cárcel.

La dirección de Carlos Gorostiza, muy eficiente. Movió con soltura a los intérpretes. Tal vez no haya aprovechado al máximo las posibilidades del coro de bomberos, pero este detalle no desmerece el excelente trabajo realizado. Betto Giannola en Einsenring, cumple una labor extraordinaria. Muy bien Zelmar Gueñol en Biedermann y Angela Ferrer Jaimes en su esposa. Correctos los demás.

Párrafo aparte para la acertada escenografía de Luis Diego Pedreira. Las luces y efectos especiales, acordes con la calidad del espectáculo presentado. ♦

el comprador de horas

● PEDRO MIGUEL FUENTES, S. J.

EL teatro Ateneo nos entregó esta obra de Jacques Deval, traducida por José María Pemán. La trama simple en su contextura: un barrio oscuro al borde del recién abierto canal de Panamá (año 20). El Chorrillo es el escenario de toda la acción. El Padre Miguel, sacerdote vasco, irrumpe en el ambiente prostibulario con todo el ímpetu de su raza hispánica y todo el fuego de su amor a Dios. Rolanda, vasca francesa, es la oveja descarriada y rebelde. El Padre Miguel va a buscarla a su reducto y se entabla entre ellos un duelo vasco que quiere canalizar al de Dios con el demonio. El recurso del sacerdote es comprarle horas; el definitivo de ella: pasar esas horas de duelo en su propia habitación. Quien triunfe dispondrá del vencido. Toda la ciudad se conmueve;

interviene la autoridad eclesiástica. El Padre Miguel es recluso, pero su retirada coincide con su triunfo. Rolanda abandona su vida desastrosa y retorna a aldea natal.

Sería largo comentar el drama de Deval y su enfoque del problema. El desafío del vasco Miguel y la reacción de Rolanda serán todo lo vasco que se quiera, pero, puesto que el planteo corre dentro de lo que es una teología pastoral, no nos parece acertado en nuestro ambiente.

Hay en el sacerdote vasco una exaltación de dudosa religiosidad; un concepto de un Dios puramente justiciero y terrible que nos traslada demasiado al mundo jansenista. Es cierto que Dios se vale del instrumento tal cual él se le ofrece, pero se corre el riesgo de interpretar la

dureza tozuda de Miguel como sello del auténtico sacerdote.

Por el lado de Rolanda, su conversión se nos presenta de golpe y debe ser explicada, por ella misma, a través de un largo rodeo. Creemos que aquí radica la falla fundamental de la pieza: en los dos primeros actos el autor volcó todo el juego básico de pasiones y diálogos llevando la crisis a su culminación y desenlace. El tercer acto se desenvuelve así en una explicitación, pesada por momentos, de lo sucedido en lo interior del cuarto entre Rolanda y Miguel. Si añadimos que el traductor suavizó, en el tercer acto, lo referente al comienzo de enamoramiento sentido por el sacerdote hacia Rolanda, nos explicaremos el bajón final de una obra atrayente en sus dos primeras jornadas.

El melodramatismo de la confesión final de Rolanda es simplemente de mal gusto.

Quizás parezcamos excesivamente negativos. Nada de eso: entre lo que hoy se da en Buenos Aires. "El comprador de horas" merece verse y debatirse. ¿Qué pensar de una actitud sacerdotal al estilo del P. Miguel? ¿Qué concepto de Dios, de gracia y pecado se maneja en la escena? El enamoramiento incipiente del sacerdote y de ella hacia él, ¿está bien manejado?, etc. Devalda su visión, pero el expectador debe tener la suya propia.

Luz María Núñez, en su papel principal de Rolanda, nos pareció acertada,

aunque por momentos trabucara sus palabras y, lo más grave, no preparara psicológicamente ciertas reacciones (v. gr.: nos sorprendió desagradablemente su primer ímpetu de furia contra el sacerdote; su pedido final de confesión, etc.).

Ignacio Quirós (Padre Miguel) fue quien más parejamente mantuvo el delicado papel. Espontáneo, supo aunar el ardor vasco con el ímpetu sacro sin caer en lo ridículo. No es fácil encarnar a un sacerdote y connaturalizarse con él; fácilmente, aun el buen intérprete, tiende a lo artificial y confunde piedad, amor de Dios, etc., con actitudes de beatería forzada. Quirós salió airoso de la difícil prueba y creemos que gran parte del éxito de la obra obedeció a su arte interpretativo.

Margarita Corona, en su encarnación de Tarántula (vieja usurera) manifestó, una vez más, sus conocidas cualidades y su finura humorística. Alita Román (Gibosita), también perfecta en su papel. El resto del elenco, discreto. El grupo femenino fue superior al de los hombres en su interpretación.

Marcelo Lavalle no desmereció, como director general, de sus anteriores puestas en escena. En este caso lo felicitamos por la obra seleccionada y su cabal interpretación; no era fácil dado lo dispar del ambiente.

Luis Diego Pedreira aunó, en la escenografía y el vestuario, el colorido local, con la sobriedad y, en todo, con el buen gusto.